

Del espejo roto al kaleidoscopio¹



El espejo roto presenta una serie de ensayos antropológicos sobre los amores y la condición femenina en la ciudad de Cali a partir de la conformación de un taller formativo de jóvenes sociólogos y sociólogas caleños bajo la dirección del profesor Elías Sevilla. En la última página del texto, Sevilla se pregunta qué dirán de este trabajo las mujeres etnógrafas-autoras o poetisas-autoras. Sin ser ni lo uno ni lo otro, como autora feminista también me he sentido atraída por un tema que probablemente deberíamos dejar con exclusividad a la poesía o al discurso de la locura: he nombrado el amor, o más exactamente, el vasto campo de los amores y sus estragos. Haré entonces un breve resumen de las dos grandes partes del libro, para después tratar de responder a la pregunta de Elías Sevilla sobre qué pueden pensar las mujeres de este texto.

Desde mi lectura, la primera parte del libro que consta de 5 capítulos se podría dividir en dos partes. En los capítulos 1, 2 y 3, Elías Sevilla, Katerine Rosero y Zoraida Saldarriaga realizan una muy cuidadosa aproximación teórica o más exactamente y para retomar la expresión de Elías, construyen una trama de nociones que ayudan a pensar inicialmente y en abstracto los fenómenos que constituyen los ejes del trabajo: espejo roto y condición femenina; el amor, o los amores como rituales y mitos; lo popular en su ubicación socio-demográfica; lo mestizo, el pluralismo racial y su encuentro con el amor; el complejo del honor y de la vergüenza; y lo permisivo y lo chévere, entre otras nociones claves. También nos presentan el soporte empírico de la investigación que consta de 59 entrevistas, complementadas por lo que llaman una

«participación observante» de los encuentros amorosos en los barrios donde han residido de por vida dos de las co-autoras (Rosero y Saldarriaga), lo cual les permitió realizar observaciones y conversaciones informales sobre estos encuentros, incluyendo sus modalidades y moralidades.

Los capítulos 4 y 5 trabajan dos temas específicos que pretenden, como lo dicen los autores, llevarnos «del espíritu a la piel». Se examina entonces en el capítulo 4 el tema del racismo o sea del color de la piel en materia de amores, hecho que nos recuerda que Cali es una ciudad tri-racial y que era inevitable examinar el cruce de razas y amores. El capítulo 5 nos pasea por la ciudad de Cali, esta vez en cuanto lugar por excelencia para lo que llama el autor «*las epifanías del cuerpo*» a través de un estudio iconográfico de los senos como metonimia de un cuerpo bello y erótico.

La segunda parte del libro (capítulos 6 y 7), se dedica a los amores comerciales más comúnmente llamados «prostitución y trabajo sexual», es decir aquellos amores que «sustituyen el penoso proceso de la seducción por el simple trámite de un contrato comercial». Como es habitual en este libro, el capítulo 6 se inicia por una discusión conceptual muy a la orden del día, por lo menos en Europa, en relación con las denominaciones de prostitución y de trabajo sexual, ligando a esta discusión los grandes debates alrededor de dos corrientes presentes actualmente en la polémica: los abolicionistas quienes, lo hemos entendido, quieren erradicar esta «plaga social» llamada prostitución y los contractualistas quienes defienden el derecho de las mujeres a ejercer ese trabajo bajo ciertas condiciones de contratación, refiriéndose entonces al trabajo

¹Intervención preparada por Florence Thomas para la presentación del libro *El espejo roto. Ensayo antropológico sobre el amor y la condición femenina*, de Elías Sevilla Casas, en coautoría con: Mónica Córdoba, Carlos de los Reyes, Luis A. Loayza, Alejandra Machado, Ana L. Paz, Catherine Rosero, Zoraida Saldarriaga. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2004. La presentación se llevó a cabo el 23 de abril de 2004.

sexual como cualquier otro trabajo. El capítulo 7 «*De putas y prostitutas a fufurufas, diabras y bandidas*» muestra la situación concreta de los «amores» comerciales femeninos en Cali, reconociendo su multiplicidad y diversidad.

Hacia el final encontramos un epílogo muy al estilo de Elías Sevilla que incursiona en la literatura por medio de dos novelas de autores caleños, María Elvira Bonilla y el imprescindible Andrés Caicedo. Ambos presentan en sus novelas (*Jaulas* y *Qué viva la música*) personajes femeninos que permiten medir los cambios en relación con las vivencias de las mujeres caleñas hoy. Y el libro termina con un último capítulo titulado «*los caminos de la antropología*» en el cual el profesor Sevilla se pregunta qué significa hacer estudios etnográficos en un campo tan minado como el de los amores.

Es hora ya de abordar la pregunta, ¿qué dirán las feministas-autoras de este ensayo? ¿Qué digo yo? En primer lugar quiero mencionar que esta pregunta de humildad me gusta mucho. El preocuparse por saber qué piensan las mujeres me parece no sólo interesante y honesto, sino alentador y promisorio, porque quiere decir que esa verdad antropológica que trataron de construir los y las investigadoras no es sino esto: **una** verdad y no **la** verdad, y es entonces reconocer que otros autores y autoras hubiera podido construir otras verdades a partir de esa caja de herramientas que son hoy en día las ciencias sociales.

Ahora bien, para responder a esta inquietud del profesor Elías Sevilla, me tengo que alejar del texto, tomar distancia para respirar fuera de esa verdad etnográfica, ese metalenguaje complejo y en ocasiones un poco abrumador, aunque probablemente necesario. En ese esfuerzo por trascender los datos brutos y aprehender una verdad etnográfica, me sentí más de una vez ante una escritura organizada y reglamentada, como todo informe investigativo serio; y en muchas páginas percibí esa revisión implacable del investigador, su accionar de escritor y censor con una mirada antropológica.

Sin embargo este texto presenta una pieza clave de un inmenso rompecabezas sobre la condición feme-

nina. Una pieza clave que permitirá, poco a poco, a partir de otras miradas o marcas de autor, seguir completando el rompecabezas. El texto permite aprender tanto de la condición femenina como he podido aprender de *Las olas* de Virginia Woolf, o de *El amante* de Marguerite Duras o *En diciembre llegan las brisas* de Marvel Moreno. *El espejo roto*, lleno de referencias teórico-conceptuales, literarias y estéticas, es un texto rico pero difícil, por lo menos para una

***Este texto
presenta una pieza
clave de un
inmenso
rompecabezas
sobre la condición
femenina***

psicóloga feminista como yo, ya libre de toda atadura académica, desde hace 7 años dedicada a una escritura en libertad. Pero permite abrir la puerta a multitud de preguntas, lo cual es la función principal, creo, de la investigación social. A partir de esa inmensa riqueza conceptual, referencial e investigativa, quisiera tratar de explicar aquello que me impresionó, las cosas que me gustaron y las que extrañe.

Me impresionaron, en primer lugar, las introducciones de cada capítulo, las implicaciones analíticas de las metáforas utilizadas, las tramas de nociones que hacen pensar inicialmente y en abstracto los fenómenos analizados, las fuentes y construcciones históricas de los conceptos trabajados, las numerosas referencias a los debates de la antropología contemporánea, pero también la seriedad con la cual es abordada la historia tri-racial de Cali, el concepto de lo popular y en fin la extrema riqueza de las referencias del campo estético, referencias literarias y poéticas.

Disfruté particularmente los capítulos 5, 6 y 7, tal vez porque son los que enriquecieron más mi mirada de feminista-autora. Los temas de la iconografía del busto, de los amores comerciales y de las «putas, prostitutas, fufurufas, diabras y bandidas», me desordenaron muchas ideas estereotipadas que aún tenía sobre el cuerpo femenino, pero sobre todo sobre los amores comerciales.

El capítulo 5 nos enmarca en una ciudad que, «por su brisa, su clima, su luz, su historia social y cultural, se vuelve el escenario por excelencia de las epifanías del cuerpo», y donde existe la oferta y la demanda más importante de América Latina en cirugías estéticas en general y en operaciones del busto en particular. Esta vía nos lleva a la ruptura del espejo, a la deconstrucción

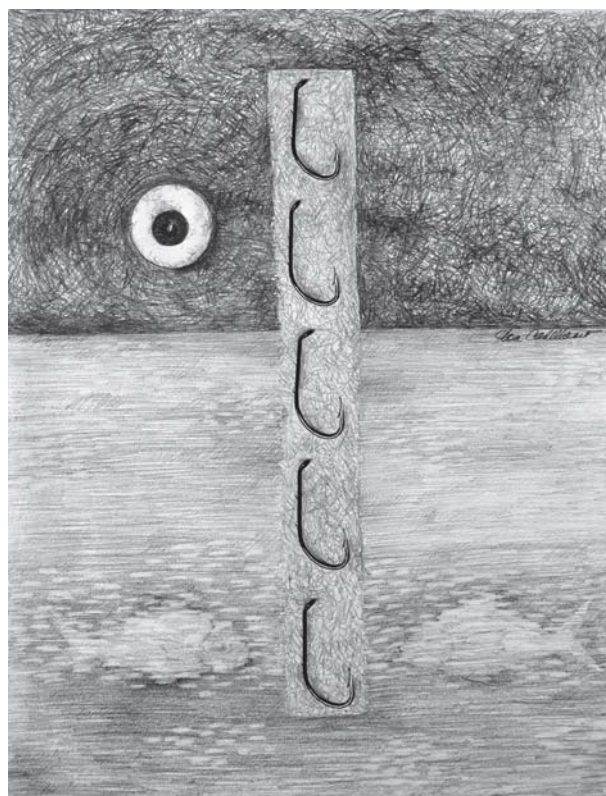
casi total de esa imagen de mujer-madre que insistía que la maternidad era nuestro único destino. Ese busto femenino, ante todo una metonimia de madre nutricia, nos trae a la memoria la imagen de la virgen María que ofrece su seno al niño Dios, un seno a la vista pero sólo como representación de una mujer-buena-madre-nutricia. Pero con la aparición del busto estético-erótico, el seno femenino está perdiendo su connotación biológica de reserva nutricional que asegura la vida. La biología cede el espacio a la historia. Pues si bien este capítulo plantea inquietudes sobre qué significan para las mujeres caleñas, particularmente las adolescentes, esos bustos manipulados, siliconados, también apunta a la desaparición paulatina de la referencia al seno como exclusivamente maternal, y en fin de una mujer hembra. Con operación o sin operación, el cuerpo femenino se politizó, se historizó. Esto de alguna manera es una conquista de las mujeres que poco a poco están recuperando su cuerpo, sabiendo que sólo ellas deben decidir sobre él.

Y lo que me sorprendió en este capítulo es esta tensión de un busto que se ofrece cada vez más a la mirada pero que a la vez impone sus límites. El otro masculino debe mirar sin ofender, debe mirar sin extralimitarse, debe admirar un cuerpo exhibido pero no traspasar el límite de lo vulgar o del irrespeto. Y si se extralimita, ella en seguida hará sentir los límites y podrá responder, incluso de manera agresiva

Esta tensión abre camino, no sólo para entender los cada vez más complejos juegos de seducción impuestos por las mujeres, sino para abordar la construcción paulatina de una identidad femenina que parece romper con todas las viejas metáforas maternalistas y familistas. En este análisis los autores muestran cómo las mujeres caleñas de alguna manera supieron construir su propia manera de responder a múltiples requisitos como los de una educación que sigue siendo de alguna forma estricta sin negar las adquisiciones de la revolución femenina, ni los dictámenes de la moda y su dictadura de la belleza.

Los capítulos 6 y 7, como ya lo mencioné, son los que más me desordenaron pues de alguna manera en relación con la prostitución, mis referentes seguían articulados al estereotipo de la prostituta victimizada. Esta parte del texto me permitió evidenciar la inmensa complejidad y diversidad de los amores comerciales

*En ningún
capítulo
se menciona
la revolución
pacífica de
las mujeres...*



que combinan en una permanente tensión lo propio y lo extraño con el orden simbólico y el orden mercantil. Y aunque este punto desborda los propósitos de este trabajo, debo mencionar que, como siempre cuando se abordan los amores comerciales, prostitución o trabajo sexual, existe un vacío impresionante sobre los consumidores de tales amores: los hombres.

Para terminar, debo mencionar lo que me hizo falta en este trabajo. Es difícil entender por qué en ningún capítulo, tan ricos en referencias textuales, se menciona ni se trabaja lo que ese gran historiador de la nueva historia, George Duby, considera como «*una de las mutaciones culturales sin precedente, tal vez la más importante de todos los cambios que afectan a nuestra civilización en los albores del tercer milenio*», es decir la revolución pacífica de las mujeres. Evidentemente, la marca de autor era antropológica y no feminista. Pero esa marca de autor nunca les impidió recurrir a referencias históricas, sociológicas, literarias, geográficas y demográficas para enriquecer su verdad etnográfica. Me sorprendió mucho de verdad no encontrar una sola referencia a los aportes de las feministas sobre la deconstrucción paulatina de la vieja metáfora de lo femenino que ustedes llaman la rotura del espejo. Por eso, era crucial nombrar la revolución pacifista de las mujeres, esta única revolución triunfante del siglo XX, cuyos efectos de hecho ustedes no dejan de mencionar en cada uno de las introducciones a sus capítulos, sin nunca ponerle nombre al feminismo o a los feminismos, a las demandas y luchas del movimiento social de mujeres que supo potenciar como ningún otro movimiento los procesos de urbanización, industrialización, modernización y secularización generados en el último medio siglo en nuestro país. Esto no significaba hacer un trabajo feminista, sino reconocer los impactos de una revolución cultural que, si bien nunca estalló como otras, ocurrió y sigue ocurriendo en medio de enormes resistencias.

Ahora me queda preguntar si de verdad ustedes creen que el espejo está roto... yo, y muchas de las feministas hoy día, nos estamos haciendo esta pregunta. Este viejo espejo que nos devolvía la imagen de una mujer sumisa y abnegada, cuyo cuerpo disciplinado y cuya palabra, tachada ideológicamente o prestada, no lograba hacer realidad, sin duda se fracturó. Y la única manera de iniciar una fractura del espejo era borrando

la imagen del hombre que siempre aparecía también en el viejo espejo, detrás de la mujer, como dándole apoyo y existencia. Era el deseo del hombre el que la hacía existir y esa existencia no era sino un simulacro. Pero las mujeres hoy ya no son sólo mujeres de la ilusión de los hombres, como lo muestra Ana María Fernández, mujeres sin realidad propia, signos eternamente contruidos e intercambiados por los hombres. La Emma Bovary de Flaubert, la Dulcinea de Cervantes, la Beatriz de Dante, la María de Jorge Isaacs, la Mona Lisa de Leonardo da Vinci, ya se están desdibujando, porque por fin las mujeres tienen la posibilidad de pensarse a sí mismas desde la libertad y la autonomía. Los múltiples cambios socio-políticos y económicos del siglo XX en Colombia, combinándose con la aparición de un movimiento social de mujeres y sus luchas por cuatro principios fundamentales para la autonomía (derechos patrimoniales, políticos, a la educación, derechos sexuales y reproductivos) permitieron a las mujeres por primera vez en la historia acceder a una voluntad de saber sobre sí mismas, para que naciera un deseo que va por fin de la mujer a la mujer y ya no sólo del hombre a la mujer.

Voluntad de saber y deseo propio son los ejes de una revolución que significa una bifurcación histórica del deseo y del saber, una bifurcación inédita del pensamiento y de la realidad que permite el desorden, el que se diluya el orden establecido de los viejos signos, despojándolos de su carácter determinante, «natural», como lo dice Lorite Mena en su bello libro *El orden femenino*. Y ese desorden que se generó gracias a la revolución de las mujeres es lo que los autores y las autoras constataron a lo largo de su análisis de la condición femenina de las mujeres caleñas.

No sé si esto nos permite llegar a la ruptura total del espejo. La resistencia del pensamiento único es dura; la resistencia de aceptar esa bifurcación del deseo y la fractura del Sujeto único es dura. La resistencia a aceptar una mujer sujeto de deseo en un acto que inaugura palabra y cuerpo es durísima y, aún después de leer los análisis de *El espejo roto*, no creo mucho en su rotura total. La imagen se ha vuelto borrosa y nos ha tocado cambiar el viejo espejo por un caleidoscopio, ese objeto extraño que devuelve una imagen fracturada combinando colores y formas, complejizando enormemente nuestra realidad. Y si insisto que

el espejo no se rompió del todo es probablemente también porque un espejo roto me devuelve la imagen de 7 años de desgracia... ¡No!, de verdad las mujeres han ganado autonomía y la posibilidad de pensarse a sí mismas, pero de ahí a afirmar que este hecho haya cambiado del todo el panorama ideológico-epistemológico, hay una distancia aún no recorrida.

Lo nuevo reside hoy en la gestación de una sociedad abierta en la cual las normas son plurales y selectivas, acompañadas de estrategias heterogéneas y de márgenes de indeterminación sin la disrupción de roles y normas que apuntaría a la ruptura definitiva del espejo. Ahí donde las determinaciones eran fijas, existen ahora posibilidades de escogencias individuales. Los modelos sociales generan ahora orientaciones y preferencias facultativas bajo la nueva presión de autodeterminaciones e indeterminaciones subjetivas. Las mujeres se enfrentan entonces a la posibilidad de auto-dirigirse, lo que las posiciona frente a un kaleidoscopio de imágenes y a una enorme ambivalencia de roles que

nos hacen pensar la femineidad como un principio de incertidumbre, que ponen en cuestión la existencia misma de una condición femenina. Ser mujer hoy es definitivamente no reconocerse en lo ya pensado, en lo establecido. De alguna manera ser mujer hoy es extraviarse. Y este extrañamiento lo debemos en gran parte a las luchas de las mujeres de mi generación tan poco citadas en esta investigación.

Pero volviendo ahora a lo que representa este libro, quiero recordar las palabras de James Clifford en una conferencia en París. El oficio del antropólogo, dijo, podía resumirse en dos frases: «*Pas si vite*» y «*Qu'est ce qu'il y a d'autre*», cuya traducción aproximada es: «No tan de afán» y «¿Qué es lo que hay que sea diferente?» Y esta investigación cumple casi perfectamente estas dos recomendaciones.

Florence Thomas
Grupo Mujer y Sociedad
Universidad Nacional

